

# **Políticas sociales hacia la juventud en Cuba: algunas evaluaciones y nuevos desafíos<sup>1</sup>**

**María Isabel Domínguez<sup>2</sup>**

## **Resumen:**

El presente trabajo propone una valoración crítica de las políticas sociales dirigidas a la juventud en Cuba y sus variaciones a lo largo de cinco décadas, en dos direcciones principales: los procesos socializadores, con especial énfasis en la educación y los procesos de participación. En la última parte realiza un balance de logros y debilidades y sitúa algunos de los principales retos a los que se enfrenta la sociedad cubana en materia de políticas de juventud en el futuro inmediato.

**Palabras claves:** política social, juventud, socialización, participación.

## **Introducción**

Si bien el tema de las políticas de juventud constituye un área de la que mucho se ha escrito en América Latina y que está presente en cualquier valoración que se haya hecho sobre el tratamiento a esos segmentos de la población, desde el primer Año Internacional de la Juventud declarado por Naciones Unidas en 1985, y a partir del cual se realizaron numerosos análisis a nivel nacional y regional y se elaboraron variados informes, no siempre se parte de presupuestos comunes para abordarlo.

La mayor parte de las veces se habla más de las intenciones de las políticas que de sus verdaderos resultados. Otras, se concentra la atención en hacer la crítica a sus enfoques parciales e incompletos y no se valora lo que pueden haber aportado en materia de integración social juvenil. En la mayor parte de las ocasiones se omite el análisis desde la perspectiva de las relaciones de poder que representan.

En cualquier caso, el análisis de las políticas de juventud no pueden verse al margen de las políticas sociales más generales y de “la política” en un sentido amplio, pues en última instancia ellas encarnan la voluntad política del Estado en relación con sus grupos juveniles. De ahí que no es posible hablar de políticas de juventud sin referirnos al modelo político de sociedad de forma integral. Ella es la

---

<sup>1</sup> Este artículo ha sido publicado en la *Revista de Sociología*, volumen XVI, número 20, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Escuela Académico Profesional de Sociología, 2011. ISSN 1605-8933

<sup>2</sup> Doctora en Sociología (Academia de Ciencias de Cuba). Directora del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, perteneciente al Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente de Cuba y Coordinadora del Grupo de Estudios sobre Juventud. Miembro del GT de CLACSO “Juventud y nuevas prácticas políticas de la juventud en América Latina” y del Comité Directivo de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

razón también de que muchas veces, Cuba haya quedado excluida de los análisis realizados por organismos y organizaciones internacionales y regionales sobre políticas de juventud en América Latina, al ser un país que ha apostado por un modelo de desarrollo socialista.

Por tanto, me acercaré al tema de las políticas de juventud en Cuba, en el entendido de que es un tema complejo y controvertido, del que hay abundantes referencias, pero insuficientes evaluaciones integrales y, de ninguna manera, pretenderé en estas páginas cumplir ese objetivo.

A diferencia de lo que en América Latina se ha evaluado como el aislamiento y la irrelevancia que han caracterizado históricamente a las políticas de juventud y la autarquía del conjunto de programas sectoriales específicos desplegados, que ha llevado a considerar que "...ninguno de los planes diseñados ha podido ser implementado efectivamente. En la mayor parte de los casos, porque se trata de formulaciones extremadamente generales, que no se pueden aplicar... pero también porque en casi ningún caso se identificaron con precisión las responsabilidades institucionales y las partidas presupuestarias que podrían hacer viable dicha implementación, y porque —en muchos casos— no se trabajó efectivamente en la obtención de la correspondiente legitimación política y social de las propuestas formuladas" (Rodríguez, 2010, 36), en Cuba la situación ha sido diferente.

Podría decirse que las políticas sociales hacia la juventud han tenido un carácter universal, una fuerte imbricación con las principales metas del desarrollo de la nación, han contado con un fuerte respaldo en el presupuesto del Estado y han formado parte de los principales objetivos de numerosos organismos, organizaciones y estructuras de gobierno, lo que ha garantizado importantes resultados aunque ello no las ha librado de numerosas debilidades.

Desde los inicios del proyecto social impulsado por la Revolución a finales de la década de los años cincuenta, se diseñaron y ejecutaron políticas dirigidas a los grupos juveniles, que constituyeron centro de atención de una sociedad, caracterizada por una elevada magnitud numérica de esos sectores y por su protagonismo en llevar adelante su transformación, por lo que no fueron identificadas bajo el rótulo de políticas de juventud.

Acciones como la Campaña de Alfabetización, por solo citar un ejemplo relevante protagonizado por la juventud, y la incorporación masiva a las aulas escolares de toda la población infantil y juvenil que no hubiera completado la

enseñanza primaria (seis grados), se cuentan entre las primeras llevadas a cabo hace ya cinco décadas y que constituyeron los pilares de políticas posteriores con un eje central en la educación.

En el presente trabajo me propongo una mirada crítica a la evolución de esas políticas, en el marco de una sociedad que se ha propuesto – no sin grandes obstáculos – garantizar una integración social plena a sus ciudadanos, en condiciones de justicia social, con particular atención a los sectores juveniles. A través de esa mirada trataré de identificar principios y prioridades de dichas políticas, algunos de sus resultados, aciertos, dificultades y, sobre todo, nuevos retos en el complejo panorama actual.

### **Las distintas maneras de concebir la juventud.**

En un trabajo reciente (Domínguez, 2010), planteamos una periodización acerca del tratamiento de la juventud en las investigaciones sociales, que en gran medida se corresponde con las visiones predominantes en la sociedad acerca de este segmento social y, en consecuencia, de las políticas que para él se han formulado.

Dicha periodización identificaba cinco momentos:

1. *La juventud como actor protagónico de la transformación social.* Corresponde fundamentalmente a la década de los años sesenta. Su papel relevante a partir del triunfo de la Revolución en múltiples tareas productivas, culturales y defensivas, vitales para el país, convirtió al grupo juvenil en un sector realmente estratégico para el desarrollo nacional. Las políticas de esta etapa iban encaminadas a potenciar a la juventud para una mayor inserción social y un mayor empoderamiento para llevar adelante el reordenamiento económico, social y político que brindara mayor igualdad y justicia.

2. *La juventud como grupo etario: los estudiantes.* Fue la manera predominante de concebirla en la década de los años setenta y primera mitad de los años ochenta, en la que el crecimiento de la proporción de jóvenes en la sociedad, acompañado de las políticas sociales encaminadas a garantizar la universalización de la educación, incluido el acceso masivo a la enseñanza superior, elevó significativamente el número de estudiantes y generó cierta identificación entre juventud y grupos estudiantiles. Ello marcó la manera de concebir a la juventud, la que aun cuando mantuvo elevados niveles de participación social lo hizo fundamentalmente en el ámbito educativo y, más que

un actor social protagónico, comenzó a ser concebido como un grupo poblacional, sujeto de derecho y objeto privilegiado de la política social.

3. *La juventud como objeto de socialización y sujeto activo de transformación.* Este enfoque corresponde a la segunda mitad de los años ochenta, cuando – como parte del llamado “Proceso de Rectificación de Errores” – se comenzó a producir un movimiento de recuperación de la participación popular en un sentido amplio. Aunque se mantuvo el peso concedido a la juventud como objeto de socialización, no quedó circunscrita al grupo estudiantil, sino que se estimuló la participación desde diferentes sectores juveniles como sujetos activos de la transformación social en sus diferentes ámbitos, a la vez que hubo un papel más protagónico de las organizaciones juveniles en la representación de sus intereses en la estructura del Estado y en la formulación de políticas dirigidas al sector.

4. *La juventud como problema.* Durante la década de los años noventa – signados por la crisis económica que enfrentó el país como resultado de la conjunción de la ruptura de los vínculos económicos con los países del campo socialista eurooriental, la agudización del bloqueo de Estados Unidos y los propios problemas acumulados en el funcionamiento de la economía – se produjeron notables impactos en los procesos de inserción social de los grupos juveniles tanto por los cambios que tuvieron lugar en los espacios concretos, dígame instituciones educativas, laborales, comunidades, organizaciones sociales y políticas, como por sus propias transformaciones subjetivas. Ello dio lugar al repliegue, en ciertos sectores, hacia metas menos colectivas, a la vez que surgieron o reaparecieron comportamientos no ajustados a los objetivos de la socialización promovida, tales como desvinculación de las actividades de estudio y trabajo, alcoholismo, consumo de drogas, conductas violentas o delictivas, prostitución, etc. Todo ello reavivó visiones de la juventud como problema, a la vez que las políticas sociales se dirigieron a tratar de conservar en niveles aceptables los logros alcanzados en materia de inclusión social, fundamentalmente educación y empleo.

5. *La diversidad de miradas: las juventudes.* Corresponde a la primera década del siglo, en que los impactos que se generaron en la anterior y que las condiciones socioeconómicas de los últimos años no lograron revertir, han dado lugar a una mayor heterogeneización social, por lo que resulta más pertinente

hablar de juventudes, si tenemos en cuenta la diversificación y superposición de sus formas de expresión. En este marco las políticas sociales también combinaron diversos enfoques, en particular el de la recuperación de la juventud como sujeto de derecho y objeto de las políticas, fundamentalmente educacionales, junto al de la solución de la juventud como problema y al de actor protagónico del desarrollo social (más que el económico). Para ello se puso especial énfasis en la recuperación de los espacios educativos y laborales para la población juvenil y la generación de nuevas formas de inserción social, a partir de la modalidad de programas sociales, dirigidos fundamentalmente a sectores en desventaja social o que habían quedado fuera de los canales formales de integración, de manera que las políticas sumaron a su carácter universal una mayor intención diferenciadora.

A la luz de esa periodización, me detendré en los significados de las concepciones de política social para la socialización juvenil y su integración social y avanzaré algunas reflexiones acerca de los retos que se abren para la nueva etapa.

### **Políticas sociales y socialización juvenil.**

El punto de partida para el análisis de las políticas públicas con impactos para la juventud ha sido preguntarme qué objetivos se han propuesto alcanzar y, en el caso cubano, ello conduce de lleno al tema de la socialización juvenil y su integración social.

El proyecto social de la Revolución Cubana fue concebido desde sus orígenes como un proceso participativo, encaminado al logro de la igualdad y la justicia social, de ahí que las políticas sociales estuvieran encaminadas a garantizar los más elementales derechos de la población en su conjunto, pero en el caso de la niñez, la adolescencia y la juventud, se encaminaron a asegurar salud, alimentación y, muy especialmente, educación.

Ello condujo muy tempranamente a plantearse objetivos para el logro de una socialización juvenil, basados en el conocimiento y en principios éticos, valores y normas de conducta, que formaran un individuo con la capacidad de contribuir al desarrollo económico del país y comprometido activamente con un proyecto social emancipador.

Esa socialización fue concebida socialmente, a partir de un conjunto de influencias, institucionalmente organizadas desde el sistema político y toda su red de

organizaciones sociales, desde los medios de comunicación masiva, las instituciones culturales, pero teniendo como centro, el sistema educacional.

Por eso, uno de los tres pilares básicos de la política social de la Revolución Cubana por más de 50 años ha sido precisamente la Educación<sup>3</sup>, resultante de la amplia vocación humanista del pensamiento cubano que inspiró ese proceso político.

Desde los fundadores de la nación cubana en el siglo XIX, estaba presente la idea de que educación y cultura constituían las bases de la sociedad y la libertad<sup>4</sup>, cuestión que fue retomada en las bases del programa político que enarboló la Revolución<sup>5</sup>.

Ello debía dar repuesta a la situación educativa que vivía la población, no solo por considerarla uno de los más inalienables derechos de las personas, sino también por su significado para impulsar el desarrollo socioeconómico y político del país y como mecanismo por excelencia para – en una sociedad con una distribución justa y equitativa de sus recursos – propiciar procesos de movilidad social ascendente y de más plena integración social.

El marco de partida a finales de los años cincuenta era poco satisfactorio: 22% de analfabetismo adulto; 52% de escolarización entre los niños y niñas de 6 a 14 años y solo 1,4% de población adulta con formación universitaria. Entre las mujeres el analfabetismo ascendía al 31% y solo el 1% tenía enseñanza superior (TSE, 1953, 143, 99 y 119).

La Campaña de Alfabetización, de carácter nacional y masivo, redujo el analfabetismo casi a cero en solo un año. Simultáneamente, se inició la incorporación a las aulas en los distintos niveles de enseñanza de todos los niños y jóvenes, se amplió la matrícula universitaria y se inició la enseñanza obrero-campesina para dar continuidad a la superación de los adultos que habían sido alfabetizados o que tenían niveles escolares bajos.

Los logros alcanzados a lo largo de esa década situaron a Cuba no solo a una significativa distancia de la situación en que se encontraba en los años cincuenta

---

<sup>3</sup> Junto a la Salud Pública y la Seguridad Social.

<sup>4</sup> Son numerosos los postulados de José Martí, Apóstol de la independencia cubana en esta dirección: “Ser cultos es el único modo de ser libres”; “Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre”; “El pueblo más feliz será el que tenga mejor educados a sus hijos” o “Todo hombre tiene derecho a que se le eduque y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás”.

<sup>5</sup> En el Programa del Moncada, programa político expuesto por Fidel Castro en su alegato de autodefensa en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada que dio inicio a la última etapa de lucha que triunfó en enero de 1959, se planteaba: “... un gobierno revolucionario procedería a la reforma integral de nuestra enseñanza... para preparar debidamente a las generaciones que están llamadas a vivir en una patria más feliz” (Castro, 1975, 91).

sino incluso, en condiciones mucho más favorables que el resto de Latinoamérica, a pesar de los crecimientos que se habían producido en la región.

Los resultados de las políticas sociales, en un contexto de intensas transformaciones estructurales, implicaron directamente a la juventud y en muchos casos la colocó al frente de dichas transformaciones. Junto al acceso masivo a la instrucción y la calificación, incluso de nivel superior, iniciaron un rápido proceso de urbanización y de incorporación al empleo urbano y calificado. Todo ello estuvo acompañado de un cambio en cuanto a valores y normas de conducta en esferas vinculadas a la familia, las relaciones de pareja, los roles de género, las relaciones interraciales y muchas otras áreas de la vida cotidiana que se volvieron cada vez más abiertas y participativas, por lo que puede hablarse de una etapa en que se produjo un equilibrio entre los procesos de socialización y los de participación, en que ambos se interpenetraron y complementaron mutuamente (Domínguez, 2009).

El arribo masivo a la edad escolar y su tránsito por los distintos niveles de enseñanza en los años setenta y ochenta, de las cohortes nacidas durante el boom demográfico de la década precedente<sup>6</sup>, hizo crecer significativamente el número de estudiantes, concentró la atención de la política social en Educación y generó cierta identificación entre juventud y grupo estudiantil, el que debía ser socializado institucionalmente.

Este enfoque de la política social favoreció importantes resultados en la socialización juvenil, fundamentalmente en materia de formación educativa y profesional<sup>7</sup>, lo que colocó a Cuba entre los países de más elevado nivel educativo de su juventud. Sin embargo, esa fortaleza tuvo implicaciones en otras direcciones, unas de orden socioeconómico y otras de carácter subjetivo.

Por una parte, ese alto crecimiento de graduados universitarios, junto a otros problemas de esa época como la especialización estrecha de las carreras, comenzó a provocar cierto desbalance entre oferta de egresados y demandas de la economía,

---

<sup>6</sup> Entre 1959 y 1964 tuvo lugar una explosión demográfica que mantuvo altas tasas de natalidad hasta 1972, seguidas de un fuerte descenso que se ha ido profundizando hasta hoy. Según especialistas “Luego de mantener un nivel relativamente alto, superior a 4 hijos por mujer durante casi toda la década del 60 del siglo pasado, comienza a descender en la década posterior, alcanzando en 1978 el valor 1,89, cifra con la que se sitúa por debajo del nivel de reemplazo (2,1 hijos por mujer), del cual se ha continuado alejando sin volverlo a recuperar hasta la fecha. El cálculo para el más reciente período quinquenal 2004 – 2008, resultó en 1,49 hijos por mujer” (Franco, 2010, 1).

<sup>7</sup> La escolarización de la población entre 6 y 12 años se mantuvo en toda la década de los años ochenta por encima del 98% y en sus últimos años la escolarización de los adolescentes entre 12 y 14 años sobrepasó el 94% (CEE, 1987, 539; ONE, 1996, 304). La escolarización terciaria en 1985 llegó a situarse cerca del 20% de los jóvenes entre 18 y 24 años (CEE, 1985, 58, 487) y la educación superior para esa fecha ya representaba el 8,3% del total de matrícula en las distintas enseñanzas, proporción que continuó ascendiendo hasta fines de la década para llegar a representar el 9,6% del total (CEE, 1987, 527; ONE, 1996, 298).

así como desbalances en la pirámide de calificación con un nivel superior que no disponía de adecuadas proporciones en los niveles medio y básico, en un sistema social que establecía por ley, la garantía de un empleo a cada egresado de estudios superiores.

En el plano subjetivo lo más notable fue la expansión de la aspiración de estudios superiores para la juventud de cualquier grupo social y sus familias, como única forma legítima de inserción social y realización personal. Ese modelo de joven urbano universitario fue también promovido por las instituciones educativas y los medios de comunicación, en contradicción con los requerimientos fundamentales de una economía, ya saturada de profesionales y necesitada de obreros y trabajadores agropecuarios.

En la segunda mitad de los años ochenta, en el marco de un replanteo social más general<sup>8</sup>, se realizaron importantes críticas, tanto desde la investigación social como desde la propia política, a los resultados de los procesos socializadores de la juventud.

Así por ejemplo, en el Informe Central al V Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas realizado en 1987, se planteaba: "... el sentido de la responsabilidad social no está aun suficientemente interiorizado entre muchos jóvenes, lo que se aprecia en las limitaciones de su educación laboral y de su preparación para dar el mayor aporte en el trabajo; en el cumplimiento en general de los deberes, la débil conciencia de la propiedad social y de la orientación de sus aspiraciones en relación con las necesidades del país" (UJC, 1990, 116).

Por su parte, los resultados de investigaciones (Domínguez, 1994) señalaban el débil enfoque sistémico de las políticas sociales y del funcionamiento de las instituciones socializadoras, así como el escaso tratamiento diferenciado tanto en el nivel macrosocial de las políticas, que tomaran suficientemente en cuenta las diferencias entre los grupos juveniles (ya fueran ocupacionales, territoriales, etarias, por sexos o raciales, entre otras), o las diferencias individuales a niveles microsociales.

Esa homogeneidad de las políticas contribuyó al fomento de las expectativas también homogéneas, lo que implicó para muchos grupos, fuertes desbalances entre éstas y sus posibilidades reales de satisfacción, e incluso dio lugar a comportamientos sociales no deseados. Uno de los ejemplos más típicos en ese sentido fue la falta de

---

<sup>8</sup> El llamado Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas, que se emprendió a partir del balance crítico que realizó el III Congreso del Partido Comunista de Cuba, acerca del desarrollo económico y el funcionamiento social de la sociedad cubana (Castro, 1986)

especificidad de las políticas dirigidas a la juventud del campo a lo largo de años, que contribuyó a fomentar en ella expectativas de vida y trabajo urbanos, lo que incentivó la migración a las ciudades, el envejecimiento o despoblamiento de las regiones montañosas y de las áreas rurales en general, la disminución de la fuerza de trabajo agropecuaria y la reducción de producciones importantes como la de café y, al mismo tiempo, el crecimiento de la población en zonas urbanas, el aumento del déficit de viviendas y de los barrios insalubres, el incremento del número de jóvenes sin estudiar o trabajar, entre otros fenómenos.

La conjunción de esos procesos llevó a fines de la década de los años ochenta a algunos cambios en las políticas sociales dirigidas a la juventud, en particular ciertos ajustes en las ofertas educativas, con reducción de las matrículas en la enseñanza superior y la ampliación en el nivel tecnológico medio, así como la introducción de las pruebas de ingreso a las universidades.

A su vez, se dedicó especial atención al tema del empleo, para ofrecer opciones al numeroso grupo de jóvenes que arribaban a la edad laboral y que no encontraban satisfacción con las opciones existentes, por la escasez real de nuevos espacios donde ubicarse<sup>9</sup> y porque, en correspondencia con sus elevadas aspiraciones, se producía una fuerte selectividad ante el empleo<sup>10</sup>.

La crisis económica con que se inició la década de los años noventa<sup>11</sup>, interrumpió ese proceso de reordenamiento social, aunque se intentó preservar al máximo posible los logros sociales de las décadas precedentes, en particular las políticas de educación, salud y seguridad social<sup>12</sup>.

No obstante, hubo modificaciones en las políticas de acceso a la educación pues se redujeron las matrículas universitarias junto a una ampliación de las plazas para

---

<sup>9</sup> Los resultados de investigaciones realizadas en ese momento describieron el proceso que ejercían las generaciones mayores sobre las jóvenes en materia de empleo como de “efecto –tapón”, pues ya se encontraban cubiertas las plazas existentes, la dinámica económica no generaba suficientes nuevos espacios en un momento de llegada de amplios contingentes de jóvenes a la edad laboral y tampoco se garantizaba la adecuada recirculación de la fuerza de trabajo (Martín, 1990).

<sup>10</sup> Esta situación condujo al surgimiento e incremento acelerado de un grupo de jóvenes desvinculados del estudio y el trabajo que alcanzó sus más altos niveles en 1987, momento en que el 74% del total de personas desocupadas tenían menos de 30 años, aunque su escolaridad en la casi totalidad de los casos (89%) era de nivel medio básico o medio superior y la cuarta parte había terminado un oficio o profesión (Domínguez, et.al. 1990).

<sup>11</sup> Fue el llamado “Período Especial”, aguda crisis económica resultante de la desaparición de la Unión Soviética y el bloque socialista de los países de Europa Oriental, con quienes Cuba tenía sus principales vínculos económicos y comerciales y que fue aprovechado para un recrudescimiento del bloqueo económico de Estados Unidos contra la Isla. Ello produjo en solo tres años (1989-1992) una reducción de las exportaciones en un 56% y de las importaciones en un 73%.

<sup>12</sup> Por ejemplo, se conservó la total cobertura de educación primaria para los niños entre 6 y 11 años (99,7%) y una alta tasa de escolarización en secundaria básica para la población entre 11 y 14 años (92,3%) (ONE, 1996, 305).

cursar estudios tecnológicos, tanto en los niveles de calificación básico como medio, unido a cambios en los perfiles de las carreras, con predominio de las vinculadas al sector agropecuario. Eso hizo más complejo el ingreso a las universidades con exigencias de un mayor esfuerzo para alcanzar resultados docentes superiores.

A su vez, la devaluación de la moneda nacional y, por tanto, del papel del salario en la satisfacción de las necesidades materiales, hicieron menos atractivo para una parte de la juventud el esfuerzo que significaba continuar estudios, cuando paralelamente, en la sociedad habían surgido otras vías de obtener ingresos y acceder a un mayor nivel de vida, por ejemplo, mediante el trabajo en el sector turístico, como trabajador por cuenta propia o simplemente a través de las remesas de familiares en el extranjero.

Los cambios económicos que se generaron – entre otros, la diversificación de las formas de propiedad, la emergencia de nuevos sectores y actividades económicas y la doble circulación monetaria – provocaron la ruptura de la línea continua que existía entre Educación – Calificación - Empleo - Condiciones de vida, lo que dio lugar a una cierta devaluación de las tradicionales formas de inserción social promovidas a través de la educación y el empleo en sectores de propiedad social, lo que tuvo sus impactos no solo en el plano estructural sino también en el subjetivo. Todos estos procesos produjeron cambios en la juventud cuya más clara resultante ha sido su heterogeneización, que se ha expresado en sus aspiraciones, escala de valores y comportamientos.

Ello dio lugar al surgimiento o ampliación de comportamientos juveniles cuya presencia en las décadas anteriores había sido muy escasa o incluso nula. Problemas tales como la prostitución, el alcoholismo, el consumo de drogas ilícitas, los delitos violentos, entre otros, aparecieron entre la juventud cubana, en muchos casos asociados al escenario del turismo internacional. Aun cuando sus magnitudes fueron relativamente reducidas y no fueron nunca comparables con sus expresiones en cualquiera de los países latinoamericanos, impactó el escenario de vida de la juventud cubana donde estos fenómenos habían estado ausentes.

La aparición de estos comportamientos condicionó nuevas direcciones de la política social, encaminadas al tratamiento de “la juventud como problema”. Así cobraron fuerza las acciones de control social y, a la vez, el trabajo de prevención.

La paulatina recuperación económica del país y la constatación de los efectos que había producido el momento más intenso de la crisis sobre la sociedad y la juventud

cubana, condicionó que a partir del año 2000 se iniciara una nueva etapa en el desarrollo social, para lo cual se redefinieron las metas, encaminadas a la recuperación de las políticas sociales. Ello se produjo en el marco de la llamada “Batalla de Ideas” que dio lugar a los “Nuevos Programas Sociales” (NPS), una parte importante de los cuales se encaminaron a lograr la formación de una llamada “cultura general integral” de las nuevas generaciones, en la que se combinara la adquisición de conocimientos con una escala de valores éticos, culturales y políticos, para lo cual se potenciaron nuevamente los programas educativos (Domínguez, 2009).

Estos programas se encaminaron fundamentalmente a ampliar la “universalización de la educación”, que implicó reducir el número de alumnos por aula en la enseñanza primaria y secundaria; abrir programas de formación emergente de maestros primarios, trabajadores sociales, instructores de arte, etc. con aquellos jóvenes que habían interrumpido estudios y no se encontraban trabajando; crear las “Sedes Universitarias Municipales” en las que podían continuar estudios superiores los jóvenes egresados de los programas de formación emergentes, así como los que luego de concluir estudios preuniversitarios no habían ingresado a las universidades.

Paralelamente se pusieron en marcha otro conjunto de programas como la televisión educativa; centros comunitarios para la enseñanza de la computación; incremento de la producción editorial, sobre todo para la niñez y la juventud.

Como resultante, en contraste con las escasas partidas presupuestarias destinadas a Educación en la mayor parte de Latinoamérica, ésta se convirtió en el mayor rubro de gastos dentro del presupuesto del Estado: en la primera mitad de la década creció 2,5 veces (ONE, 2007, VI.4, 160); en el año 2005 alcanzó la cifra de 25,7% del total de gastos (ONE, 2006, V.4). Solo en los dos primeros años de establecidos los Cursos de Superación Integral para jóvenes desvinculados del estudio y el trabajo (con remuneración y con posibilidades de continuar estudios universitarios), se graduaron más de cien mil y, de ellos, la tercera parte había ingresado en la educación superior. En solo cinco años (2001-2006), la matrícula de nivel superior creció 3,8 veces, lo que dio lugar a la mayor cifra de estudiantes universitarios en la historia del país y a que todos los graduados de bachilleres pudieran acceder al nivel terciario de educación (ONE, 2007, XVIII.19, 365).

Los programas también se encaminaban a garantizar el pleno empleo de la juventud pues los egresados de las formaciones emergentes tenían garantizado un empleo, así como los graduados de la enseñanza politécnica y universitaria. Por si ello fuera poco, los estudiantes de los programas recibían ingresos por estudiar, en lo que se denominó “el estudio como forma de empleo”, pues el objetivo fundamental fue que todos los y las jóvenes estuvieran vinculados a alguna actividad útil de estudio o trabajo.

Estas acciones se acompañaron de un incremento del trabajo de prevención social, no solo el que se venía realizando tradicionalmente por las organizaciones sociales, especialmente las barriales como los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) y la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), sino a través de los trabajadores sociales, cuyo objetivo iba encaminado a una identificación más personalizada de las necesidades de atención de cada caso, así como un fortalecimiento de las Comisiones de Prevención Social a nivel territorial.

Según planteaba un investigador cubano sobre el tema, esas políticas de juventud tenían “...dos ejes fundamentales, mutuamente complementarios: la solución de los problemas de los jóvenes en situación de riesgo a fin de situarlos en igualdad de condiciones con sus congéneres, y la de formar a las nuevas generaciones como actores estratégicos del desarrollo” (Gómez, 2009,5).

Quiere decir que en la primera década del siglo, la política social hacia la juventud estuvo nuevamente centrada en potenciar el ámbito educacional como vía de integración social y con ello logró recuperar, en buena medida, el valor de la educación en la estructura de aspiraciones y su centralidad en la vida de sectores importantes de la juventud.

Sus resultados fueron apreciables en reintegrar socialmente a un número considerable de jóvenes que habían interrumpido estudios y se encontraban desvinculados de cualquier tipo de actividad social y en re-democratizar el acceso a las universidades, que las restricciones en el acceso que se venían produciendo desde fines de los años ochenta habían ido elitizando, de manera que la universalización de la educación superior dio cabida en sus aulas a un mayor número de jóvenes hijos de obreros y campesinos, negros y mestizos.

Pero también ha provocado un conjunto de contradicciones, cuyos efectos apenas comienzan a expresarse dado lo reciente del proceso. La primera de ellas tiene que ver con la calidad de la Educación, con ciertas desigualdades entre los

espacios educativos tradicionales en los cursos regulares y esos nuevos espacios emergentes, que ha significado una baja eficiencia del esfuerzo educativo y dudas acerca de la calidad de los nuevos egresados.

El segundo cuestionamiento tiene que ver con el perfil de las carreras que ofrecieron los programas de la universalización, todas ellas del área de las ciencias sociales y las humanidades, lo cual entra en contradicción con las necesidades que tiene la economía de técnicos y profesionales en las ramas técnicas y principalmente en las agropecuarias. Ello está llevando en el momento actual a reajustes en el sistema educacional similares a los que se llevaron a cabo a inicios de los años noventa, a lo que haremos referencia más adelante.

La tercera contradicción tiene que ver con el hecho de que la ampliación de las ofertas educacionales lograron reactivar la centralidad de la educación en un conjunto de sus funciones tales como la cognoscitiva, la relacional, la socializadora y la otorgadora de status, pero no su función económica, es decir, garantizar una diferenciación de ingresos que satisfaga las necesidades de la juventud para su propia emancipación, tales como la obtención de una vivienda en la que constituir una nueva familia.

### **Las políticas sociales y la participación juvenil.**

Hablar de socialización juvenil e integración social, resultaría incompleto sin el análisis de la participación social de los grupos juveniles y del lugar que esas prácticas participativas han tenido – y tienen – en su diseño.

No es posible obviar que el proyecto de sociedad que se comenzó a construir desde finales de los años cincuenta, incluía por primera vez a sectores juveniles con una identidad colectiva ampliamente compartida, que permite hablar de una generación con real participación en una actividad social común. La reducción de las diferencias sociales con la eliminación de las bases económicas que sustentaban a las clases dominantes, e incluso el éxodo masivo de sus representantes, favorecieron las condiciones para una mayor igualdad entre los y las jóvenes y para la conformación de una mentalidad generacional, caracterizada por una activa participación en la definición del cambio social, encaminado a la solución de los principales problemas colectivos, y una confianza ilimitada en sus propias fuerzas. Esa identidad quedaba reforzada por la constatación de significativas diferencias con generaciones precedentes.

En ese escenario la juventud fue la principal protagonista de la transformación social y, en consecuencia, la real diseñadora de las políticas sociales en su propio beneficio, desde el rol de verdaderos actores del desarrollo económico, social y político. Tal protagonismo social se acompañó además, de su elevado peso demográfico, el que continuó aumentando hasta alcanzar sus cotas máximas en la segunda mitad de los años ochentas cuando la población de 15 a 30 años llegó a representar la tercera parte del total, y al sumarle los y las niñas menores de 15 años, llegaron a ser el 52% de la población (Domínguez, 1994).

En esas dos primeras décadas (años sesenta y setenta) la juventud impulsó las principales tareas del funcionamiento social como parte del pueblo en su conjunto, a la vez que en esa etapa se crearon o fortalecieron toda una red de organizaciones sociales y políticas de jóvenes. Se fortaleció la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), organización fundada desde los años veinte y activa participante en las luchas sociales desde esa época. Se creó la organización de estudiantes de nivel medio (Brigadas Estudiantiles José Antonio Echeverría<sup>13</sup> –BEJAE), devenida posteriormente en la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM). Surgió la Unión de Pioneros de Cuba, que agrupaba a los alumnos primarios, ampliada después hasta el noveno grado bajo el nombre de Organización de Pioneros “José Martí”. Y se creó la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR), transformada poco tiempo después en Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), organización política de carácter selectivo. Ese entramado de organizaciones constituyeron la base para la representación social y política de la niñez y la juventud en una sociedad que se re-institucionalizaba.

Pero, por supuesto, los cambios de épocas han ido marcando cambios en las dinámicas de la participación juvenil y su protagonismo en la determinación de las políticas. En los años ochenta, confluyó el mayor número de jóvenes en la estructura demográfica del país con cierta formalización de su participación y el inicio de las tendencias paternalistas en su socialización, que le hicieron perder protagonismo.

El V Congreso de la UJC (1987) antes mencionado, el cual constituyó un momento clave en la reflexión crítica acerca de la relación sociedad – juventud y sus resultados, señaló:

---

<sup>13</sup> En homenaje a quien fuera Presidente de la FEU y muriera en el intento de asaltar el Palacio Presidencial y tomar la emisora nacional “Radio Reloj” para anunciar al pueblo de Cuba el fin de la dictadura de Fulgencio Batista, el 13 de marzo de 1957.

“Hoy es mayor la participación de la nueva generación en la vida política del país, sus organizaciones de masas y en la dirección del Estado Socialista. Esto encuentra un alto exponente en los cien diputados a la Asamblea Nacional y en los 2 930 (22,1%) delegados jóvenes, que representan a sus electores en las asambleas municipales y provinciales del Poder Popular. La justa apreciación de esta verdad irrefutable, no nos puede conducir a soslayar los problemas. La actividad política y social de los jóvenes es en ocasiones limitada, lo que se expresa en particular en su poca participación en las asambleas de rendición de cuentas del Poder Popular y en su presencia frecuentemente formal en el seno de las organizaciones de masas, lo que también está relacionado con la falta de motivación hacia éstas” (UJC, 1990, 116).

Los años noventa constituyeron sin duda una etapa de resistencia heroica del pueblo cubano para enfrentar la aguda crisis económica sin claudicar en sus principios y en la voluntad política de mantener la construcción de un proyecto propio sin injerencias foráneas, en especial de Estados Unidos. Pero los fuertes impactos de ese proceso en la familia y muy en especial en la juventud, potenció la búsqueda de soluciones individuales y la reducción de la participación política.

Los años 2000 se plantearon el propósito de reactivar la participación juvenil, pero las acciones no trascendieron los marcos movilizativos para los grandes grupos juveniles. Aun cuando durante la primera mitad de la década, se pusieron en manos de la dirección de la organización juvenil, tareas y recursos de gran envergadura, en ocasiones por encima de la jurisdicción de las estructuras del Estado y el Gobierno a quienes les competía su realización<sup>14</sup>, ello no se tradujo en un real empoderamiento de los grupos juveniles como conjunto y esos espacios fueron al poco tiempo clausurados sin que se logaran los resultados esperados.

Algunas investigaciones indican que el ámbito sociopolítico, aun cuando mantiene sus formas de organización y conserva su papel de autoridad pública y regulación social, de manera que se muestran altos índices de participación a nivel comportamental, ha ido perdiendo peso en la subjetividad de las generaciones jóvenes.

Así por ejemplo, en la actual década, los grupos juveniles conservan su valoración de la participación sociopolítica entre las principales oportunidades que el

---

<sup>14</sup> Me refiero a las tareas dentro de la llamada “Batalla de Ideas” que abarcaba a los denominados Nuevos Programas Sociales, la mayor parte de los cuales eran coordinados por la Unión de Jóvenes Comunistas, incluida la preparación de toda la infraestructura necesaria para su realización (constructiva, inversionista, etc.).

modelo de sociedad brinda a la juventud. Pero, paralelamente ha dejado de ser significativa en su estructura de aspiraciones, en la que han ido retrasando su lugar a lo largo de las últimas décadas, desde el espacio relevante que ocupaba en la segunda mitad de los años ochenta (Domínguez, 2005).

Pero en el panorama de la participación social y política de la juventud cubana, a pesar de su heterogeneización y la tendencia a reducir su magnitud, no se puede obviar el hecho de que se trata de individuos socializados en torno a una matriz cultural, donde el componente sociopolítico ha tenido un elevado peso en la construcción de subjetividades y socialidades y que, a la vez, ello se da en un contexto de sociedad que sigue siendo altamente politizada, con un fuerte entramado de organizaciones y asociaciones sociales y políticas, en las que los y las jóvenes mantienen masivas adscripciones.

Y aquí radica una de las principales diferencias de la participación social y política de la juventud cubana en el ámbito internacional y particularmente el latinoamericano. Algunas evaluaciones realizadas sobre la situación de la juventud en el continente señalan como rasgo de las juventudes en la actualidad, la escasa participación en organizaciones y movimientos sociales. Así, un reciente informe de la UNESCO señala:

“Casi todos los estudios consultados destacan que la inmensa mayoría de los jóvenes latinoamericanos y caribeños se encuentra totalmente al margen de las organizaciones y movimientos juveniles existentes. Apenas entre un 5 y un 20% - según los países – declaran participar de alguna en especial. La abrumadora mayoría de los que lo hacen, además, se concentran en organizaciones deportivas y religiosas” (Rodríguez, 2010, 29).

Sin embargo, en la sociedad cubana el nivel de pertenencia de la juventud a organizaciones políticas, sociales, estudiantiles, profesionales, etc. sigue siendo muy alto. Distintos estudios que hemos realizado en la segunda mitad de esta década han permitido constatar las elevadas cifras en grupos juveniles de diversos perfiles.

Así por ejemplo, una investigación del año 2007 con jóvenes vinculados a la actividad de ciencia e innovación tecnológica, un sector particularmente relevante de la juventud: egresados universitarios de elevada preparación y rendimiento y a los que se les ha atribuido un rol relevante entre los profesionales y técnicos jóvenes<sup>15</sup>,

---

<sup>15</sup> Fueron estudiados 385 jóvenes pertenecientes a 21 centros científicos de la capital dedicados a las ciencias biológicas y biotecnológicas, a las ciencias exactas, técnicas, agropecuarias y a las sociales y humanísticas. Estaban comprendidos entre los 20 y 30 años, de ellos 237 mujeres y 147 hombres.

se encontró una elevada pertenencia a organizaciones: la absoluta mayoría está sindicalizada; 58,1% tiene militancia política (43,6% en la UJC y 14,5% en el PCC). También se encuentran asociados a organizaciones para la creación e innovación profesional (58,2% pertenece a las Brigadas Técnicas Juveniles (BTJ) y el 22,1% a la Asociación Nacional de Innovadores y Racionalizadores (ANIR) (Domínguez, et. al., 2008).

Asimismo, en una investigación realizada en el año 2008 con estudiantes de cursos regulares diurnos en dos universidades de la Ciudad de la Habana<sup>16</sup>, resultó que el 98,5% declaró ser miembro de la FEU y el 78,9% de la UJC. A la vez tienen una elevada pertenencia a las organizaciones de la comunidad (96,4% son miembros de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) y el 100% de las mujeres pertenece a la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). El 34,5% ocupa algún cargo de dirección en las organizaciones, es decir que más de un tercio tiene un rol protagónico en ellas (Castilla, et. al, 2009).

Por último, un estudio realizado en el 2009 en cuatro municipios de la Capital, fundamentalmente con jóvenes estudiantes-trabajadores<sup>17</sup>, es decir, aquellos que no mantuvieron continuidad de estudios y que hoy completan su formación a la vez que trabajan, mostró que la pertenencia se mantiene en niveles altos, aunque inferiores a los grupos anteriores. Por ejemplo, el 55% de los estudiantes de los distintos niveles, reconocen su pertenencia a las organizaciones estudiantiles y el 27,2% pertenece a la UJC (Domínguez y Castilla, 2010).

El último congreso de la UJC realizado en abril del 2010, destacaba que “Estar en esa avanzada de nuestra generación es un desafío permanente a ser ejemplos y abarcar a los amplios sectores de la juventud cubana, pues nuestro compromiso sigue siendo con todos, sean o no militantes. Por tanto, la implicación de los niños, adolescentes y jóvenes en el esfuerzo que el país precisa para superar obstáculos y alcanzar nuevas metas, es una responsabilidad que nos atañe...”. Y a la vez reconocía que: “Un funcionamiento efectivo y real, sin reuniones formales, rutinas y

---

<sup>16</sup> En este caso la muestra abarcó un total de 194 estudiantes, de la Universidad de la Habana (UH) y del Instituto Superior de Ciencia y Tecnología (INSTEC), pertenecientes a carreras de ciencias naturales, exactas, sociales y técnicas, con edades comprendidas entre los 18 y 27 años. De ellos, 88 hombres y 106 mujeres

<sup>17</sup> Este análisis se realiza a partir del estudio con una muestra de 441 jóvenes entre 14 y 30 años, de cuatro municipios de la Capital<sup>17</sup>. De ellos, 190 del sexo masculino (43%) y 251 del femenino (57%). Son mayoritariamente estudiantes y estudiantes – trabajadores<sup>17</sup> de diferentes niveles de enseñanza: enseñanza medio-básica (secundaria básica), enseñanza medio superior (facultad obrero – campesina - FOC), enseñanza técnico – profesional (instituto politécnico y escuela formadora de maestros primarios) y enseñanza universitaria (sede universitaria municipal - SUM). También incluye un pequeño grupo de trabajadores que no se encontraba estudiando

burocratismos, nos permitirá superar dificultades y analizar los problemas que tiene la organización, elevando la capacidad de convocatoria, el aporte y la eficiencia, tan necesaria en los momentos actuales” (UJC; 2010).

Quiere decir que en las actuales políticas sociales hacia la juventud sigue estando la preocupación por el tema de la participación y porque las organizaciones y estructuras de participación existentes sean espacios eficientes para que ésta tenga lugar, y que, más allá del alto peso de la adscripción, existan verdaderos compromisos colectivos, el deseo de amplios sectores juveniles de participar más activamente y efectos reales de dicha participación.

### **Cincuenta años de políticas sociales hacia la juventud: algunas evaluaciones y nuevos desafíos.**

La evaluación integral de las políticas sociales hacia la juventud a lo largo de cincuenta años de aplicación en Cuba, es una tarea pendiente.

Hacerlo implica partir del reconocimiento de la fuerte voluntad política que ha guiado al Estado en proveer de innumerables recursos y esfuerzos institucionales para esos fines. Implica también hacer el balance de los importantes logros sociales alcanzados en materia de Educación, Salud en general, Salud sexual y reproductiva, Recreación, acceso a la cultura, a la práctica del deporte, espacios de participación política, entre otros, que han colocado al país en los primeros lugares de la región latinoamericana en el Índice de Desarrollo Humano (ocupa el lugar 51 a nivel mundial y el sexto lugar entre los países de América Latina y el Caribe<sup>18</sup> (PNUD, 2009), muy por encima de su nivel de desarrollo económico.

Ello significa que Cuba casi ha resuelto desde hace muchos años los problemas a los que hoy el mundo, y en particular América Latina, les siguen buscando solución. Así por ejemplo, mientras aun en la región se plantea que las prioridades deben situarse “En primer lugar, *invertir más y mejor en educación y salud*, como claves para la formación de capital humano. En segundo lugar, *fomentar la integración social de los jóvenes*, como clave para la emancipación juvenil. En tercer lugar, *incentivar la prevención de la violencia juvenil*, como clave de la convivencia pacífica. Y en cuarto lugar, *fomentar la participación ciudadana de las y los jóvenes* como clave del fortalecimiento democrático de la sociedad” (Rodríguez, 2009, 281), todas esas prioridades ya han sido atendidas en el país caribeño.

---

<sup>18</sup> Superado en América Latina y el Caribe por Barbados, Chile, Antigua y Barbuda, Argentina y Uruguay en ese orden (PNUD, 2009).

Ello ha permitido que Cuba haya cumplido una buena parte de las llamadas Metas del Milenio definidas por Naciones Unidas, en materia de educación, salud, equidad de género, etc. antes de que las mismas fueran formuladas.

Todo ese balance positivo coloca al país en un lugar avanzado en la aplicación de políticas sociales hacia la juventud. Pero ello no significa que todo haya sido resuelto, ni que los cambios de época no traigan aparejados nuevos problemas o que muchas de las metas, una vez cumplidas, planteen nuevos objetivos de orden superior que hacen más complejas sus soluciones.

Ese análisis crítico recoloca en la actualidad, algunas de las debilidades identificadas en momentos anteriores, que no fueron resueltas.

La primera de ellas es el desbalance entre el gasto social y los recursos económicos de que dispone el país para sostener esas políticas, lo que ha tensado las posibilidades de la economía, que ha destinado una gran parte del presupuesto nacional para estos fines. Ello, además de generar tensión económica para el Estado, genera contradicciones entre las juventudes que acceden a unos niveles de desarrollo social de primer mundo y luego conviven en condiciones materiales de bajo desarrollo, lo que ha ido provocando fuertes desajustes entre sus aspiraciones y las posibilidades reales de satisfacerlas.

A ello se añade la insuficiente articulación de las propias políticas sociales, que ha provocado desbalances entre áreas altamente potenciadas como las de educación, salud y cultura, y otras menos atendidas como, por ejemplo, la de acceso a viviendas asequibles a personas y parejas jóvenes, lo que tiene fuertes repercusiones sobre la emancipación juvenil, la formación y estabilidad de parejas, la conformación de familia propia, las bajas tasas de fecundidad, el hacinamiento y la convivencia de varias generaciones bajo un mismo techo. Ello hace que el tema de la vivienda aparezca como una de las principales aspiraciones de las juventudes y una de las áreas en la que menos confianza tienen de satisfacer sus expectativas (Domínguez, 2005).

Asimismo, las políticas sociales han garantizado pleno empleo, con mayores posibilidades para los que finalizan estudios técnicos o universitarios, pero la remuneración que brindan dichos empleos no logra satisfacer sus necesidades<sup>19</sup>. Se

---

<sup>19</sup> Esto no es privativo de la juventud, es la principal problemática de la sociedad cubana después de la crisis de los años noventa, agravada por la existencia de la doble moneda. La circulación de la doble moneda se estableció a partir de 1993, cuando frente a la fuerte devaluación de la moneda nacional (peso cubano), se aprobó la circulación del dólar estadounidense y, posteriormente, éste fue sustituido por el peso cubano convertible,

añade que la existencia de la doble moneda desde la década de los años noventa, hace que una parte de los bienes de consumo atractivos para la juventud, así como el acceso a espacios recreativos, se realicen en la moneda convertible, a la que tienen poco acceso la mayor parte de los y las jóvenes, y sobre todo a la que acceden por vías que no son los ingresos por el trabajo formal. De manera que las principales demandas juveniles se sitúan en la esfera de la distribución.

En segundo lugar, aunque se han hecho intentos de aplicar enfoques diferenciados a las políticas, en correspondencia con las características de los grupos sociales a los que se dirigen, ello ha sido insuficiente y ha primado la vocación universalista. Esto, que constituye sin dudas una fortaleza, requerida en muchos países por los que abogan a favor de políticas sociales más amplias e incluyentes, frente al exceso de focalización propio de las políticas neoliberales, en este caso, en ocasiones, ha tenido consecuencias negativas, ya sea porque se desaprovechan recursos o porque generan expectativas que estimulan luego comportamientos sociales contradictorios con las metas sociales y las posibilidades individuales de la juventud.

Así, entre los ejemplos recientes están los efectos de la universalización de la enseñanza superior, con la creación de las Sedes Universitarias Municipales para el estudio de carreras de ciencias sociales y humanísticas, implementada en los 169 municipios del país, sin distinciones entre regiones o entre zonas urbanas o rurales, lo que ha dado lugar a la graduación de profesionales que no encuentran empleo en su municipio, a veces ni en su provincia. Ello está requiriendo en este momento recalificaciones de esos jóvenes, muchos de los cuales quedan sub-aprovechados u optan por la emigración hacia las ciudades o incluso hacia otros países.

La tercera debilidad, y posiblemente la que concentrará la atención en el futuro inmediato, tiene que ver con el paternalismo de las políticas y la necesidad de un cambio de enfoque en las mismas, tanto en el sentido de cambiar el impacto que generan en una socialización más concentrada en la exigencia de derechos que en adquisición de deberes, como en el de ampliar los espacios de participación juvenil en la definición, ejecución y evaluación de las políticas que les atañen y no solo a través de formas de participación movilizativa no decisoria .

A diferencia de lo que ocurre en la mayor parte de los países de la región, la sociedad cubana no cuenta con las ventajas del llamado bono demográfico. Por el

---

cambiable por monedas libremente convertibles, el que en el momento actual aun tiene un valor 24 veces mayor que el peso cubano, en el que cobran la mayor parte de las y los trabajadores.

contrario, el proceso de envejecimiento poblacional resulta muy acelerado y las proporciones de personas en la tercera edad aumentan mucho más que el grupo juvenil – el que tiene tendencia incluso a decrecer<sup>20</sup> – por lo que la participación juvenil, como gestores de sus propias políticas, y un creciente acceso a espacios de poder, resultan claves para una verdadera integración social con perspectiva generacional, que sea capaz de aprovechar sinérgicamente las potencialidades de los distintos grupos etarios.

A las debilidades anteriores, se añaden otras como el débil acompañamiento de algunas de las políticas, pero sobre todo la insuficiente evaluación de sus efectos a corto y mediano plazo, tanto en términos de eficiencia de los recursos invertidos como de los impactos en la subjetividad juvenil.

En el país existe una amplia red de información estadística, tanto a nivel territorial como en los diferentes organismos gubernamentales, así como un fuerte entramado de instituciones de investigación social, muchas de las cuales tienen como objeto el estudio de las juventudes, de manera que existe mucha información sobre ese segmento de la población, pero no hay un mecanismo de seguimiento estable de las políticas ni de evaluación integrada de los indicadores de juventud.

Si bien en una parte de los programas de la última década se llevaron a cabo procesos de seguimiento y evaluación, que llevaron a consideraciones optimistas acerca de los mecanismos evaluativos implementados, como por ejemplo, la afirmación de que “...las distintas mediciones y evaluaciones realizadas hasta finales del año 2004 dan fe de la viabilidad, replicabilidad y sostenibilidad de los programas constitutivos de la actual política cubana de juventud” (Gómez, 2009, 7), la posterior constatación a menos de un lustro de los problemas no resueltos o las nuevas dificultades engendradas por dichos programas y su desmontaje actual, ponen en duda la viabilidad, y sobre todo, la sostenibilidad de los mismos y evidencia que el tema de la evaluación de las políticas sigue siendo un asunto no resuelto.

Otra cuestión a tener en cuenta es que no existe una instancia gubernamental que vele por la integración de las políticas dirigidas a la juventud; esa es una tarea que tiene a su cargo la Unión de Jóvenes Comunistas, como organización a la que el Estado ha encargado la representación del universo juvenil. Pero aun cuando cumple esta función, en su calidad de organización política no siempre está en

---

<sup>20</sup> En el actual año 2010, los y las jóvenes entre 15 y 29 años representan el 20,5% de la población cubana mientras la población de 60 años y más es el 17,1%. Para el 2020 (según una proyección simple), la juventud en esas edades se habrá reducido al 18,3% mientras la tercera edad habrá aumentado al 21,8% (ONE, 2010, 24).

condiciones de promover la perspectiva generacional-juvenil en los espacios gubernamentales de formulación e implementación de las políticas sociales, ni de garantizar el seguimiento integrador que las mismas requieren.

Aunque el Estado cubano se encuentra actualmente en un proceso de racionalización a fin de hacerlo más ligero y operativo, se hará necesario repensar cómo articular la representación juvenil en dicho aparato, para garantizar la transversalidad e integralidad de las políticas.

Por último, surgen nuevos retos derivados de la complejización de los nuevos tiempos. A las diferencias socioestructurales a las que han debido enfrentarse las políticas sociales dirigidas a la juventud hasta el presente (de género, raza, territorio, grupo social, etc.) y – como hemos señalado las ha tratado muy uniformemente – se añaden hoy otras diferencias.

Por un lado están las diferencias socioeconómicas a partir de cierto aumento de las desigualdades, generadas desde la década de los años noventa, pero también una ampliación de la diversidad juvenil de carácter subjetivo, derivada de una ampliación de sus experiencias vitales, a partir del contacto directo o virtual con otras culturas y otras juventudes. La apertura al turismo internacional, el incremento de la emigración al extranjero, de las salidas temporales a trabajar o vivir en el exterior, la gran cantidad de jóvenes – sobre todo latinoamericanos – estudiando en Cuba y el acceso a las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, entre otros factores, abren un abanico de percepciones, intereses y aspiraciones que diversifica el universo juvenil y hace cada vez más necesario hablar de juventudes en plural, noción que aun no ha permeado suficientemente la política social.

La reforma económica y laboral que se está proponiendo la sociedad cubana en la actualidad, tendrá sin dudas importantes repercusiones sobre las políticas sociales para la juventud. Entre los pilares que la inspiran está precisamente la reducción del paternalismo del Estado, la búsqueda de una mayor eficiencia económica y un mayor aporte de los ciudadanos (PCC, 2010).

De hecho, ya están definidos ajustes en las políticas educativas, las que vuelven a recortar las matrículas universitarias y especialmente las de ciencias sociales y humanísticas y ampliar las de nivel medio y las de perfil técnico, con énfasis en las agropecuarias, experiencia ya vivida a inicios de los años noventa. También está en marcha un profundo ajuste laboral, encaminado a reducir el subempleo en el sector estatal, acompañado de la ampliación del trabajo por cuenta propia.

Este nuevo escenario implicará cambios en las proporciones entre gasto productivo y gasto social y, por lo tanto, también implicará cambios en la manera de concebir las políticas sociales. Ya no será suficiente, como han dicho otros autores "...diseñar políticas sectoriales pensadas para jóvenes en aspectos como la generación de empleo, educación técnica y acceso a tecnología, salud sexual y reproductiva, deporte y recreación, prevención de la violencia; ni tampoco solamente asumir que el *enfoque de juventudes* debe ser transversal a las políticas públicas sectoriales.

El reto parece ser mayor y en alguna medida está amarrado a la necesidad de afirmar la condición juvenil" (Montoya, 2009, 1250).

En el nuevo marco que se abre para la sociedad cubana, resulta más importante que nunca, ampliar los espacios para que las juventudes se re-conviertan en protagonistas activos del cambio y contribuyan a articular las propuestas formuladas desde el Estado con sus propios intereses y necesidades. Ello requiere repensar las formas de participación juvenil a través de diversos canales que hagan más atractivas y efectivas las formas de ejercer su ciudadanía y participar en la solución de sus propios problemas.

En la sociedad cubana hoy, está abierto un amplio debate en toda la población acerca de las propuestas de actualización del modelo económico, del que las juventudes también forman parte. A ese debate económico seguirán otros. Es una responsabilidad social que ellos y ellas sean capaces de formular sus propuestas y que sus voces sean tomadas en cuenta.

## Bibliografía

Castilla, Claudia et.al. 2009. La orientación profesional de los estudiantes universitarios hacia la ciencia. Informe de Investigación, Fondos del CIPS, La Habana.

Castro, Fidel. 1975. La Historia me Absolverá. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

\_\_\_\_\_ 1986. Selección de discursos que dieron inicio al Proceso de Rectificación. Revista Cuba Socialista No. 23, La Habana.

CEE. 1985. Anuario Estadístico de Cuba 1985. Comité Estatal de Estadísticas, La Habana.

\_\_\_\_\_ 1987. Anuario Estadístico de Cuba 1987. Comité Estatal de Estadísticas, La Habana.

Domínguez, María Isabel. 1994. Las generaciones y la juventud: una reflexión sobre la sociedad cubana actual. Tesis doctoral - Inédita, Fondos del CIPS, La Habana.

\_\_\_\_\_ 2005. Cuban Youth: Aspirations, Social Perceptions and Identity. En: *Changes in Cuban Society since the Nineties*. Tulchin, J., Bobea, L., Espina, M y Hernández, R. (editores), Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington D.C., USA. 155- 167.

\_\_\_\_\_ 2009. La educación en la dinámica generacional de la sociedad cubana. Ponencia presentada a la Conferencia Internacional "The Measure of a Revolution: Cuba, 1959-2009". Queen's University, Kingston, Ontario, Canadá, 7-9 de Mayo. En proceso de publicación en libro sobre Transnacionalismo e internacionalismo en Canadá.

\_\_\_\_\_ 2009a. Cuban Social Policy. Principal Spheres and Targeted Social Groups. Latin American Perspectives, Volume 36, Issue 2 pp. 81-94, USA.

\_\_\_\_\_ 2010. Juventud, participación y prácticas políticas en América Latina. En: Revista Controversias y Concurrencias Latinoamericanas 3, Año 2, 85-97, Edit. Consejo de Profesionales en Sociología y CLACSO Coediciones, Buenos Aires.

Domínguez, María Isabel y Claudia Castilla. 2010. Prácticas participativas y subjetividades en grupos juveniles de Ciudad de la Habana. Ponencia presentada al V Encuentro Internacional del Grupo de Trabajo de CLACSO "Juventud y nuevas prácticas políticas en América Latina". Universidad Politécnica Salesiana, Quito, Ecuador. 21-23 de abril. En proceso de preparación para su publicación en la Revista Latinoamericana en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud (CINDE) – Universidad de Manizales, Colombia.

Domínguez, María Isabel et.al. 1990. Características generacionales de los estudiantes y los desvinculados del estudio y el trabajo. Informe de Investigación, Fondos del CIPS, La Habana.

\_\_\_\_\_ 2008. La juventud ocupada en el sector de la ciencia y la innovación tecnológica en el marco del funcionamiento de sus instituciones. Informe de Investigación, Fondos del CIPS, La Habana.

Franco, María del Carmen. 2010. El perfil de la fecundidad de mujeres cubanas de diferentes generaciones. En: Cuaderno de Estudios de Población y Desarrollo 5. Oficina Nacional de Estadísticas, La Habana.

Gómez, Luis. 2009. En busca de un nuevo paradigma de políticas de juventud en Cuba. Ponencia preparada para el XXVIII Congreso de Latin American Studies Association (LASA). Río de Janeiro, Brasil, 11-14 de junio. Publicado en <http://www.lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers>

Martín, Juan Luis. 1990. Martín, La juventud en la Revolución. Notas sobre el camino recorrido y sus perspectivas. En: Revista Cuadernos de Nuestra América. No.15, La Habana.

Montoya, Luis W. 2009. Políticas y juventudes post-transición democrática en el Perú. En: Revista Latinoamericana en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud (CINDE) – Universidad de Manizales, Colombia.1229 – 1254

ONE. 1996. Anuario Estadístico de Cuba. Oficina Nacional de Estadística, La Habana.

\_\_\_\_\_ 2006. Anuario Estadístico de Cuba. Oficina Nacional de Estadística, La Habana.

\_\_\_\_\_ 2007. Anuario Estadístico de Cuba. Oficina Nacional de Estadística, La Habana.

\_\_\_\_\_ 2010. Proyecciones de la Población Cubana 2010 – 2030. Oficina Nacional de Estadística, La Habana.

PCC. 2010. Proyecto de lineamientos de la política económica y social. VI Congreso del Partido Comunista de Cuba (Material de debate).

PNUD. 2009. Informe sobre Desarrollo Humano. Superando barreras: Movilidad y desarrollo humanos. <http://hdr.undp.org>

Rodríguez, Ernesto. 2009. Políticas públicas de juventud en América Latina: Empoderamiento de los jóvenes, enfoques integrados, gestión moderna y perspectiva generacional. <http://www.ubared.ungs.edu.ar>

\_\_\_\_\_ s/f. Políticas públicas de juventud en América Latina: experiencias adquiridas y desafíos a encarar. En Pensamiento Iberoamericano 87, 273 – 291. <http://www.pensamientoiberoamericano.org>

\_\_\_\_\_ 2010. Políticas públicas de juventud en América Latina: Avances concretados y desafíos a encarar en el Marco del Año Internacional de la Juventud. Serie Debates SHS No.1 Mayo. UNESCO, Oficinas de Santiago de Chile y Brasilia.

TSE. 1953. Censo de Población, Vivienda y Electoral. Informe General. Tribunal Supremo Electoral, Oficina Nacional de los Censos Demográficos y Electoral, La Habana.

UJC. 1990. Informe Central al V Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas. Unión de Jóvenes Comunistas. En: Sin formalismos. Edit. Abril, La Habana.

\_\_\_\_\_. 2010. Resumen del Informe Central al IX Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas. Periódico Juventud Rebelde, 4 de abril, La Habana.